

Ataulfo García Asenjo  
BLASCO IBÁÑEZ Y SU AMANUENSE  
(*Cervantes*, nº 9, 1930, pp. 31-32)

Hace unos años murió.

Recordemos la figura desaparecida: Blasco Ibáñez.

Hablemos de él.

Y que nos cuente cosas de él alguien íntimo.

Su ex secretario, el que fue su amanuense: Julio Cola.

De su conversación fluida, rica en detalles, de varias facetas, he sacado muchas notas. Una de cada tipo.

—Con Blasco estuve relacionado —me ha dicho— mucho tiempo. Al principio, en Valencia, fui periodista a sus órdenes. Después, en la Argentina, más de seis años le serví como amanuense. Me dictó mucho. Casi toda su obra de aquella época. De *Los argonautas* escribí la mayoría de las cuartillas.

\*\*\*

Trabajaba mucho. Y de prisa. Había días que escribía una enormidad de cuartillas. En cierta ocasión de un tirón me escribí más de ochenta cuartillas. Blasco me dictaba una novela en la que figuraba doña María de Padilla. Aquel día era inagotable. Las palabras brotaban de sus labios como un torrente; la idea cada vez adquiría mayor esplendor, más grandeza. Al terminar, estaba entusiasmado Blasco y me preguntó: «¿Qué, Cola? ¿Qué te parece?».

Eran las dos de la mañana. Yo estaba cansado, rendido; inconscientemente le contesté con desgana: «Sí... Está bien». A Blasco le sentó mal. Dio unos pasos hacia mí y me gritó moviendo los brazos: «¡A usted le dicta Víctor Hugo y dice: “Sí... Está bien”!»), imitando mi expresión desmayada.

\*\*\*

—Blasco Ibáñez me confió muchos de sus planes, sobre todo los que tenía en aquella época, dedicada a la tarea gigantesca de crear novelas y pueblos.

Por la plaza de Corrientes paseábamos frecuentemente hasta las altas horas de la noche. Casi siempre estábamos los dos solos. Entonces me explicaba largamente, con entusiasmo, sus concepciones geniales, grandes, mayestáticas... enormes... ¡Como él lo concebía todo!

\*\*\*

En la aventura de creación de pueblos, de colonias, acompañé también a Blasco Ibáñez. De empresa tan titánica surgieron dos colonias que llevan el nombre de Cervantes y Nueva Valencia. Son conglomerados agrarios en la Pampa, que cuentan en la actualidad con gran número de habitantes. Cada colonia comprende una extensión de dos leguas de campo y sus tierras de regadío, con maquinaria modernísima. Intervenimos como elementos directivos nada más que tres españoles.

\*\*\*

—De toda aquella vida intensa, de aquella época de trabajos, escribí una novela. Una novela en que describía parte de las aventuras que nos sucedieron en la labor de colonización. Blasco Ibáñez era uno de los personajes de la novela; otro, yo. Blasco me escribió desde Europa: «Querido Cola: recibo en estos momentos su libro *La ruta de los conquistadores*. Ha sido para mí una sorpresa verle de pronto hecho un novelista, y novelista de porvenir».

Esto me ha alentado mucho.

\*\*\*

—No solo era yo amanuense de Blasco Ibáñez, sino que también le acompañaba en excursiones que hacía para documentarse.

En una de las colonias nos encontramos con un indio que se llamaba Solís, ya viejo, y que decían que curaba por extraños medios, por brujería.

Blasco le escuchaba con infantil curiosidad. Y le hacía preguntas ingenuas.

Aquel indio nos contó cómo producen la muerte de una persona. Obtienen de una substancia rara un polvo fino; pero que el polvo de gusanillos que llaman *payé*. Sobre las flores espolvorean el *payé*. Quiquiera que aspire el perfume de la flor espolvoreada hace penetrar los pequeñísimos gusanillos en la mucosa nasal, donde con el calor adquieren vitalidad. Después se comienza a sentir el enervamiento paulatino de la muerte.

\*\*\*

—Hicimos muchas visitas a los suburbios de la ciudad de Buenos Aires. Es más: la llegó a anunciar con el título de *La ciudad de la esperanza*. Observando, cruzamos muchas veces el tenebroso barrio de la Boca.

Al visitar un bar llamado El Cocodrilo, Blasco expresó una impresión de estupor. Sobre las paredes había unos magníficos ejemplares de cocodrilos, lagartos y serpientes. Estaban disecados y eran como un adorno de comedor. Sobre el mostrador

de bebidas, un enorme cocodrilo se tendía como adormecido y de sus fauces, lo mismo que de sus ojos, salían reflejos de una luz de fosforescencia verdosa.

Allí hablamos primero con el camarero. A un individuo le convidamos a cerveza. Se acercó un italiano. Al poco rato llamó y nos presentó unos tipos interesantes.

Aquellos individuos vivían explotando el miedo de las muchachas. Uno de ellos se acercaba a una chica que se encontraba de paseo. Procuraba hacerse novio de ella. Por lo menos paseaba con ella.

Al volver a su casa, en el portal, salía otro hombre, amenazando a la joven con subir a la casa de sus padres a contarles... muchas cosas. Para callar, unas veces exigían dinero; otras, que le acompañase a dar una vueltecita. Aquel individuo era un «escarpia», como el otro.

Blasco no aprovechó esta documentación; no llegó a escribir lo que se proponía.

Mucho de lo que vivimos entonces lo he llevado a mi novela *La ciudad azul y blanca*. Sigo las huellas del maestro.